



# LEGENDBORN

TRACY DEONN

 wonderbooks

iEn  
**TikTok**  
arrasa!

# LEGENDBORN

**Libro 1**

**Tracy Deonn**

**Traducción de Aitana Vega**

 wonderbooks

# Contenido

Página de créditos  
Sinopsis

Prólogo

## **Parte 1**

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

## **Parte 2**

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25

### **Parte 3**

Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Capítulo 38  
Capítulo 39  
Capítulo 40

### **Parte 4**

Capítulo 41  
Capítulo 42  
Capítulo 43  
Capítulo 44  
Capítulo 45  
Capítulo 46  
Capítulo 47  
Capítulo 48  
Capítulo 49  
Capítulo 50

Capítulo 51  
Capítulo 52  
Capítulo 53  
Capítulo 54  
Capítulo 55  
Capítulo 56  
Capítulo 57  
Capítulo 58

Nota de la autora  
Agradecimientos  
Sobre la autora

# Página de créditos

## *Legendborn*

V.1: junio de 2022

Título original: *Legendborn*

© Tracy Deonn Walker, 2020

© de la traducción, Aitana Vega, 2022

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2022

Todos los derechos reservados.

Publicado mediante acuerdo con New Leaf Literary & Media, Inc. a través de International Editors' Co.

Ilustración de cubierta: HillaryWilson

Adaptación de cubierta: Taller de los Libros

Corrección: Alexandre Denis López Calvo

Publicado por Wonderbooks

C/ Aragón, 287, 2.º 1.ª

08009, Barcelona

[www.wonderbooks.es](http://www.wonderbooks.es)

ISBN: 978-84-18509-38-4

THEMA: YFH

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

# **Legendborn**

**Cuando las sombras se alcen, también lo hará la luz**

**T**ras la misteriosa muerte de su madre, Bree Matthews decide alejarse todo lo posible de sus recuerdos y se matricula en un programa para adolescentes con talento en la Universidad de Chapel Hill. Por fin, parece que la vida le sonríe... Hasta que, en su primer día, es testigo de un ataque mágico. De pronto, Bree se sumerge en un mundo de demonios que se alimentan de energía humana. Descubrirá a una sociedad secreta de estudiantes descendientes del rey Arturo que dan caza a estos seres y un mago manipulará su memoria para hacerla olvidar. Pero cuando los recuerdos de Bree reaparecen, la joven no se detendrá hasta averiguar la verdad sobre la muerte de su madre y los secretos de la enigmática orden.

**Finalista de los premios Hugo y Locus**

**Ganadora de los premios Ignyte y Coretta Scott King**

*«Legendborn es un cautivador libro de fantasía moderna que habla sobre historia y poder, y Deonn es una autora a*

la que hay que seguir de cerca.»

Kiersten White, autora *best seller* del *New York Times*

«Perfecta para los fans de Cassandra Clare y Kiersten White, el retelling de la leyenda artúrica que ofrece Tracy Deonn es único y está lleno de magia y sentimiento. ¡Un debut brillante!»

Ashley Poston, autora *best seller* de *Geekerella*

«Un *retelling* de la leyenda artúrica que añade asientos a la Mesa Redonda e invita a nuevos lectores a encontrarse a sí mismos en su universo. [...] Un relato moderno sobre el duelo, el poder y el autodescubrimiento.»

Dhonielle Clayton, autora *best seller* del *New York Times*

«*Legendborn* es una lectura embriagadora y electrizante. [...] Este libro te cautiva, página a página, hasta que descubres que, en realidad, te ha liberado.»

L. L. McKinney, autora de la serie *Nightmare-Verse*

#wonderfantasy

*Para mi madre*

# Prólogo

El cuerpo del agente de policía se desdibuja antes de volver a enfocarse.

No lo miro directamente. Soy incapaz de enfocar nada de lo que hay en esta sala, pero, cuando intento mirarlo, su cara se vuelve borrosa.

La placa, la chapa rectangular con su nombre, el alfiler de su corbata. Todos los detalles metálicos de su pecho ondean y destellan como las monedas de plata que se lanzan al fondo de una fuente. Nada en él me parece sólido. Nada me parece real.

Sin embargo, no es eso en lo que pienso. No puedo.

De todas maneras, todo se vuelve irreal cuando llevas tres horas seguidas llorando.

El policía y la enfermera nos conducen a mi padre y a mí a una sala diminuta con las paredes de color verde menta. Ahora están al otro lado de la mesa y dicen que van a «explicarnos la situación». No me parecen reales, igual que la «situación» que pretenden explicar.

No lloro por la muerte de mi madre ni por mí misma. Lloro porque unos desconocidos del hospital, una enfermera, una médica y un policía que no la conocían, hayan sido quienes más cerca estaban de ella cuando murió. Cuando pierdes a alguien cercano, te toca aguantar

a unos desconocidos explicándote cómo tu pesadilla se ha vuelto realidad.

—La hemos encontrado en la ruta 70, hacia las ocho — dice el policía.

El aire acondicionado se enciende. Los intensos olores a jabón de manos hospitalario y a limpiasuelos nos azotan la cara.

Los oigo hablar de mi madre en pasado, la persona que me trajo al mundo y dio forma a mi presente. Hablan en pasado de mi corazón, que palpita, sangra y se desgarran, justo delante de mí.

Es una violación en toda regla.

Las palabras de estos desconocidos uniformados son desgarradoras, pero solo hacen su trabajo. No puedo gritar a la gente que solo hace su trabajo, ¿verdad?

Sin embargo, quiero.

Mi padre está sentado en una silla de vinilo acolchado que cruje cada vez que se inclina hacia delante para leer en el papel los párrafos escritos con letra pequeña. ¿De dónde ha salido todo ese papeleo? ¿Por qué tiene a mano los documentos para tramitar la defunción de mi madre? ¿Por qué están preparados, si yo no lo estoy?

Mi padre pregunta, firma, parpadea, respira y asiente. No sé cómo consigue funcionar. La vida de mi madre se ha terminado. ¿No debería ocurrir lo mismo con todo lo demás?

Tras una colisión, se quedó atrapada dentro del sedán familiar, con el cuerpo medio estrujado bajo el salpicadero. Estuvo sola hasta que un buen samaritano, seguro que muy asustado, vio su coche volcado en el arcén.

Un hilo rojo como la sangre conecta las últimas y desmedidas palabras que le dije a mi madre, la noche anterior al accidente, con otra noche de febrero. Una noche en la que mi mejor amiga, Alice, y yo, sentadas en el sótano de la casa de dos pisos de sus padres, decidimos que el

Programa Universitario de Admisión Temprana de la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill es nuestro sueño. «Los estudiantes de instituto más brillantes tendrán la oportunidad de obtener créditos universitarios en la UNC en el transcurso de dos años, experimentar la vida en las residencias y volverse independientes». Al menos, eso decía el folleto. Para Alice y para mí, dos chicas pertenecientes a una minoría, el Programa de Admisión Temprana era la oportunidad de escapar de nuestro pueblecito rural de Carolina del Norte. Para nosotras, implicaba ideas y aulas más grandes, una aventura. Habíamos rellenado las solicitudes juntas, y juntas entramos en la oficina de correos de Bentonville después de clase para meter los sobres en el buzón. Si nos aceptaban en el programa, nos iríamos del instituto de Bentonville y nos mudaríamos a una residencia universitaria a cuatro horas de casa, lejos de unos padres que nos controlaban tanto que a veces ni siquiera podíamos respirar.

Una década antes de que yo naciera, mi madre había sido estudiante de la UNC. Una científica en ciernes. Esa historia me la habían contado cientos de veces. También había visto las fotos en las que aparecía con sus gafas protectoras posando junto a sus elaborados experimentos, con vasos de precipitados y pipetas de vidrio. En realidad, la culpa era suya, por haberme metido la idea en la cabeza. Al menos, es lo que me decía a mí misma.

Las cartas llegaron ayer. Los padres de Alice sabían que se había presentado. Se emocionaron como si los hubieran aceptado a ellos.

Sabía que mi caso sería diferente. Me había presentado a espaldas de mi madre, segura de que, cuando tuviera la carta y me admitieran, abandonaría la necesidad de tenerme cerca en todo momento. Le entregué el sobre azul y blanco de la universidad y sonreí como si fuera un trofeo.

Nunca la había visto tan enfadada.

Mi cerebro no acepta que mi cuerpo esté aquí sentado y no para de analizar las últimas treinta y seis horas mientras intenta comprender cómo ha llegado a esta sala de hospital.

Anoche, mi madre me gritó algo acerca de la confianza, la seguridad y las ganas de crecer. Yo le solté algo sobre la injusticia, los méritos personales y la necesidad de alejarme de los caminos de tierra.

Esta mañana: seguía echa una furia cuando he despertado. Así que me he jurado que no le hablaría en todo el día. En ese momento, me sentía bien.

Hoy: ha sido un martes normal y aburrido, salvo por cargar con la cantinela obstinada de «ya hablaremos luego».

Esta noche: terminó de trabajar y condujo de vuelta.

Después: un coche.

Ahora: una sala verde y pálida que huele a desinfectante y me quema la nariz.

Para siempre: la certeza de que «ya hablaremos luego» no es lo mismo que «nunca más hablaremos».

El hilo hasta el mes febrero se cierra con fuerza a mi alrededor como si no fuera a respirar nunca más, pero, no sé cómo, el policía sigue hablando, vibra y resplandece.

El aire a su alrededor parece vivo. Como si estuviera imbuido de magia.

Sin embargo, cuando todo tu mundo se derrumba, la magia carece de importancia.

**Tres meses después**

# **Parte 1**

**La Orden**

# 1

Un estudiante de primero corre envuelto por la oscuridad y se lanza por un acantilado en mitad de una noche iluminada por la luna.

Grita y los pájaros que dormitaban en las ramas de los árboles salen volando. El sonido resuena en la pared de roca que bordea la cantera del Eno. Las luces siguen el cuerpo en movimiento, un batiburrillo de brazos y piernas que se agitan en el aire hasta caer al agua con un chapoteo. Desde la línea del acantilado, treinta estudiantes vitorean y gritan; su alegría se entremezcla con los pinos. Como una constelación móvil, haces de luz en forma de cuña recorren la superficie del lago. Todo el mundo contiene el aliento. Todos los ojos buscan. Esperan. Entonces, el chico sale del agua con un rugido y la multitud estalla.

El salto de acantilado es lo que los chavales blancos del sur consideran una noche de diversión, una combinación de imprudencia rural, una linterna en el bolsillo como precaución y un reto. Es imposible apartar la vista. Cada carrera hace que los pies me acerquen un poco más al borde. Cada salto a la nada y cada momento de espera antes de la caída me provocan una chispa de anhelo salvaje en el pecho.

Reprimo el sentimiento. Lo encierro y lo sepulto con tablas.

—Tiene suerte de no haberse roto las piernas —masculla Alice con su suave acento.

Bufa y se asoma por el borde para ver cómo el sonriente saltador se agarra a los salientes de piedra y a las lianas expuestas para trepar por la pared rocosa. Tiene el pelo pegado a la sien, liso y negro como el carbón. La cálida y pegajosa caricia de la humedad de finales de agosto se hace notar. Ya tengo los rizos recogidos lo más lejos posible de la nuca, así que le entrego la goma extra que llevo en la muñeca. La acepta sin decir nada y se hace una coleta.

—He leído sobre la cantera mientras venía de camino. Cada pocos años, alguien se hace daño, se cae en las rocas o se ahoga. No vamos a saltar y se hace tarde. Deberíamos irnos.

—¿Por qué? ¿Te molestan los mosquitos? —Aplasto el diminuto zumbido que le ronda el brazo.

Me fulmina con la mirada.

—Me siento insultada por ese pobre intento de desviar la conversación. No es digno de una mejor amiga. Te despidió. —Alice quiere especializarse en Sociología y, después, tal vez entrar en Derecho. Me ha sometido a interrogatorios desde que tenemos diez años.

Pongo los ojos en blanco.

—Me has despedido como mejor amiga unas cincuenta veces desde que éramos niñas y siempre me contratas de nuevo. Este trabajo da asco. Recursos humanos es una pesadilla.

—Sin embargo, siempre vuelves. Las pruebas, aunque circunstanciales, demuestran que te gusta el trabajo.

Me encojo de hombros.

—No pagan mal.

—Sabes por qué no me gusta estar aquí.

Lo sé. No es que hubiera planeado infringir la ley la primera noche en el campus, pero, después de cenar, la oportunidad se presentó bajo la forma de Charlotte

Simpson, una chica que conocíamos del instituto de Bentonville. Asomó la cabeza en nuestra habitación antes de que hubiéramos terminado de deshacer las maletas y nos exigió que la acompañásemos para salir de fiesta. Después de pasar dos años en el Programa de Admisión Temprana, Charlotte se había matriculado oficialmente como estudiante de la UNC este año y, por lo visto, se había convertido en una juerguista en toda regla.

Durante el día, el parque estatal del río Eno está abierto para hacer senderismo, acampar y navegar en kayak. Sin embargo, si te cueles después de que se cierren las puertas, como han hecho todos los presentes, es probable que se considere allanamiento. No es una actividad en la que participaría en circunstancias normales, pero Charlotte me explicó que la noche previa al comienzo de las clases es especial. La tradición marca que algunos alumnos de último y penúltimo curso organicen una fiesta en la cantera. ¿Otra tradición? Que los de primero salten por el acantilado al lago rico en minerales que hay en el centro. El parque se encuentra a caballo entre los condados de Orange y Durham, al norte de la autopista 85, a unos veinticinco minutos del campus. Charlotte nos ha traído en su viejo Jeep plateado y, durante todo el trayecto, he sentido la presencia de Alice a mi lado en el asiento trasero, incómoda por la ilegalidad de la situación.

La risa desenfundada del saltador se asoma por el acantilado justo antes que su cabeza. No recuerdo la última vez que me reí así.

Bajo la voz en un suspiro dramático.

—¿No te gusta porque va contra las normas?

Los ojos negros de Alice me fulminan desde detrás de las gafas.

—Que te pillen fuera del campus por la noche supone la expulsión automática del programa.

—Tranquila, Hermione. Charlotte dice que un montón de estudiantes lo hacen todos los años.

Otro saltador atraviesa el bosque a la carrera. Una fuerte salpicadura. Vítores. Alice señala con la barbilla al resto de estudiantes.

—Eso es cosa suya. ¿Por qué quieres estar aquí?

«Porque ahora mismo no soporto quedarme en la habitación sin hacer nada. Porque, desde que mi madre murió, hay una parte de mí que se muere por romper cosas y gritar».

Levanto un hombro.

—¿Qué mejor manera de empezar una aventura que con un poquito de rebelión?

No le hace ninguna gracia.

—¿Alguien ha dicho rebelión? —Las botas de Charlotte hacen crujir las hojas y las agujas de pino. El brusco ruido destaca por encima de los chirridos de los grillos y el lejano retumbar de los altavoces de la fiesta. Se detiene a mi lado y se aparta la cola de caballo castaña del hombro—. ¿Vais a saltar? Es tradición. —Sonríe con picardía—. Además, es divertido.

—No —dice Alice, tan rápido que casi escupe la palabra. He debido de poner una cara rara, porque Charlotte ensancha la sonrisa y mi amiga me mira—. Bree.

—Charlotte, ¿no vas a estudiar Medicina? —pregunto—. ¿Cómo puedes ser un cerebrito y una malísima influencia a la vez?

—Estamos en la universidad —dice y se encoge de hombros—. «Lista y mala influencia» definiría a la mitad del cuerpo estudiantil.

—¿Char? —grita una voz masculina desde detrás de un acebo raído. La cara de la chica se ilumina con una sonrisa de oreja a oreja incluso antes de darse la vuelta para mirar al chico alto y pelirrojo que se nos acerca. Lleva un vaso rojo en una mano y una linterna en la otra.

—Hola, cariño —ronronea y lo saluda con un beso risueño.

—¿Char? —repito en voz baja a Alice, que pone cara de asco.

Cuando la pareja se separa, Charlotte nos señala sin mirarnos.

—Mira, amor, están en el Programa de Admisión Temprana y son de mi pueblo. —Se engancha al brazo del chico como un koala—. Este es mi novio, Evan Cooper.

El escrutinio de Evan se alarga y empiezo a preguntarme qué pensará de nosotras.

Alice es taiwanesa-estadounidense, bajita y flacucha. Tiene una mirada atenta y una sonrisa semipermanente. Siempre se viste para causar buena impresión, «por si acaso», y esta noche ha elegido unos vaqueros oscuros y una blusa de lunares con cuello de babero. Mientras Evan la mira, se sube las gafas redondas por el puente de la nariz y saluda con timidez.

Yo mido uno setenta y siete; soy lo bastante alta para parecer universitaria, y soy negra. Fui bendecida con los pómulos y las curvas de mi madre y los labios carnosos de mi padre. Llevo unos vaqueros viejos y una camiseta. La timidez no es lo mío.

Evan abre mucho los ojos cuando se fija en mí.

—Eres la chica que perdió a su madre, ¿verdad? ¿Bree Matthews?

Me atraviesa una corriente de dolor y levanto el muro. La muerte crea un universo alternativo, pero, después de tres meses, ya tengo las herramientas para vivir en él.

Charlotte le da un codazo en las costillas y lo asesina con la mirada.

—¿Qué? —Evan levanta las manos—. Es lo que me dijis...

—Lo siento —lo corta y me dedica una mirada de disculpa.

El muro que levanto tiene dos funciones. Por un lado, oculta las cosas que necesito esconder y, por otro, me ayuda a mostrar las que quiero enseñar. Es útil sobre todo con la gente que dice eso de «siento tu pérdida». En mi mente, el muro se fortifica. Es más fuerte que la madera, el hierro o el acero. Tiene que serlo, porque sé lo que viene a continuación. Charlotte y Evan soltarán el predecible torrente de palabras que todo el mundo suelta cuando se dan cuenta de que están hablando con la chica de la madre muerta.

Es como jugar al bingo de las personas de luto, solo que, cuando completas todas las casillas, todo el mundo pierde.

Charlotte levanta la barbilla.

«Allá vamos».

—¿Cómo lo llevas? ¿Puedo hacer algo por ti?

«Doblete».

¿La respuesta real a las preguntas? «Mal» y «no». En vez de eso, digo:

—Estoy bien.

Nadie quiere oír la verdad. Quienes dicen «siento tu pérdida» solo quieren sentirse bien por preguntar. Es un juego de mierda.

—Ni me lo imagino —murmura Charlotte y completa otro de los cuadritos del bingo. Claro que se lo imaginan, pero no quieren hacerlo.

Hay verdades que solo la tragedia enseña. La primera es que, cuando las personas reconocen tu dolor, quieren que el dolor les devuelva el reconocimiento. Pretenden ser testigos de tu sufrimiento; de lo contrario, no estarías cumpliendo con tu parte. Los ojos azules de Charlotte me analizan con ansia en busca de lágrimas y labios temblorosos, pero tengo el muro levantado, así que no conseguirá nada. Evan también anda a la caza de mi pena. No obstante, cuando alzo la barbilla con desafío, aparta la mirada.

«Bien».

—Siento tu pérdida.

«Toma ya».

Con las palabras que más detesto en el mundo, Evan canta bingo.

Las personas pierden cosas en un lapsus de memoria y después las encuentran donde las habían dejado. Mi madre no está «perdida». Está muerta.

La Bree de antes también lo está, aunque finjo que no.

La Bree de después nació el día siguiente a la muerte de mi madre. Por la noche, fui a dormir y, al despertarme, estaba allí. En el funeral. Cuando los vecinos llamaron a la puerta para ofrecernos su pena y cazuelas de brócoli. Estaba conmigo cuando las personas que vinieron a darnos el pésame se marcharon a casa. Aunque solo recuerdo algunos fragmentos borrosos del hospital, una pérdida de memoria consecuencia del trauma, según el extraño libro de mi padre sobre el duelo, tengo a la Bree de después. Es el recuerdo no deseado que me ha dado la muerte.

En mi mente, la Bree de después se parece a mí. Es alta, atlética, de piel morena y cálida, con los hombros más anchos de lo que le gustaría. Sin embargo, mientras que yo suelo llevar los rizos oscuros y apretados recogidos en lo alto de la cabeza, los de ella se extienden libres y esponjosos como la copa de un roble. Mientras que mis ojos son marrones, los suyos son del color del ocre oscuro, el carmesí y la obsidiana del hierro fundido en un horno, porque la Bree de después siempre está a punto de explotar. Lo peor pasa de noche, cuando me empuja la piel desde dentro para liberarse y el dolor es insoportable. Juntas, susurramos: «Mamá, lo siento. Es culpa mía». Vive y respira dentro de mi pecho y su corazón late junto al mío, como un eco rabioso.

Contenerla es un trabajo a jornada completa.

Alice no sabe nada de la Bree de después. Nadie lo sabe, ni siquiera mi padre. Sobre todo, mi padre.

Mi amiga se aclara la garganta y el sonido rompe como una ola contra mis pensamientos. ¿Cuánto tiempo he estado ausente? ¿Un minuto? ¿Dos? Me concentro en los tres, con la cara inescrutable y el muro levantado. Evan se inquieta por el silencio y suelta:

—Por cierto, ¡tu pelo es una pasada!

Sin tener que mirar, sé que los rizos que me brotan del coletero están inflados y se extienden hacia el cielo gracias a la humedad de la noche. Se me eriza la piel, porque el tono me indica que lo que ha dicho no es un cumplido, sino más bien la identificación de una rareza divertida. Una chica negra con pelo de negra. Estupendo.

Alice me lanza una mirada comprensiva que Evan ignora por completo, cómo no.

—Suficiente por hoy. ¿Nos vamos?

Charlotte hace un mohín.

—Solo media hora más, lo prometo. Quiero pasarme por la fiesta.

—¡Sí! Venid a ver cómo me ventilo una birra de un trago.

—Evan le pasa un brazo por los hombros a su novia y se la lleva antes de que nos dé tiempo a protestar.

Alice refunfuña en voz baja y los sigue por la maleza que recorre la línea de árboles. Gramíneas y hierba carnícera, sobre todo. Mi madre las llamaba «hierba bruja» y «cola de caballo», cuando vivía para enseñarme el nombre de las plantas.

Alice casi ha llegado a los árboles antes de darse cuenta de que no la sigo.

—¿Vienes?

—En un segundo. Quiero ver más saltos. —Hago un gesto con el pulgar por encima del hombro.

Vuelve hasta mí con pasos decididos.

—Espero contigo.

—No, no hace falta. Ve.

Me escudriña con la mirada mientras duda de si fiarse de mi palabra o presionar más.

—¿Solo mirar, no saltar?

—Solo mirar, no saltar.

—Matty. —El apodo que me puso de niñas, diminutivo de mi apellido, hace que algo se me retuerza en lo más hondo del pecho. Ahora me pasa siempre con los recuerdos, incluso los que no tienen nada que ver con ella, y lo detesto. Se me nubla la vista por la amenaza de las lágrimas y tengo que parpadear para enfocar los rasgos de Alice, la cara pálida y las gafas que siempre se le caen hasta la punta de la nariz—. Sé que no es como pensábamos que sería. Me refiero a estar aquí, en la UNC. Sin embargo, creo que tu madre al final lo habría entendido.

Aparto la mirada hasta donde la luz de la luna me lo permite. Al otro lado del lago, las copas de los árboles forman una franja de sombra entre la cantera y el cielo enturbiado.

—Nunca lo sabremos.

—Pero...

—Siempre hay un pero.

Su voz adquiere una pizca de dureza.

—Pero si estuviera aquí, no creo que quisiera que...

—¿Que qué?

—Que te convirtieras en otra persona.

Le doy una patada a una piedra.

—Necesito estar sola un minuto. Disfruta de la fiesta. Iré en un momento.

Me mira como si valorase mi estado de ánimo.

—Odio las fiestas con pocos invitados, obligan a uno a un esfuerzo constante.

Entrecierro los ojos mientras intento recordar de qué me suenan esas palabras.

—¿Acabas de citar a Jane Austen?

Sus ojos oscuros centellean.

—¿Quién es la empollona literaria? ¿La que cita o la que reconoce la cita?

—Un momento. —Niego con la cabeza, divertida—. ¿Has parafraseado *La guerra de las galaxias*?

—No. —Sonríe—. He parafraseado *Una nueva esperanza*.

—¿Venís o qué? —La voz incorpórea de Charlotte atraviesa el bosque como una flecha. La mirada de Alice todavía contiene una pizca de preocupación, pero me aprieta la mano antes de alejarse.

Cuando ya no distingo el crujido de sus zapatos en la maleza, suspiro y saco el teléfono.

*Qué tal, peque, ¿Alice y tú os habéis instalado bien?*

El segundo mensaje había llegado quince minutos después.

*Sé que eres nuestra niña valiente, lista para escapar de Bentonville, pero no te olvides de quienes nos hemos quedado en casa. Haz que tu madre se sienta orgullosa. Llama cuando puedas. Te quiero, papá.*

Lo guardo otra vez en el bolsillo.

Estaba lista para escapar de Bentonville, pero no porque fuera valiente. Al principio, quise quedarme en casa. Después de todo, me parecía lo correcto. Sin embargo, tras vivir durante meses bajo el mismo techo a solas con mi padre, la vergüenza se volvió intolerable. Nuestro dolor nace de la misma persona, pero no es el mismo. Como los

imanes de clase de física; es posible juntar a la fuerza dos polos iguales, pero no quieren tocarse. No puedo tocar el dolor de mi padre. No quiero hacerlo. Al final, me marché de Bentonville porque me aterraba quedarme.

Camino junto al acantilado, lejos de la gente, con la cantera a la izquierda. Los olores a tierra húmeda y a pino se elevan con cada paso. Si inspiro con fuerza, la esencia mineral de la piedra molida me llega al fondo de la garganta. A solo un paso de distancia, el terreno termina y el lago se extiende en la lejanía; refleja el cielo y las estrellas y las posibilidades de la noche.

Desde donde estoy, veo con claridad a qué se enfrentaban los saltadores. Lo que había hundido la tierra y las rocas para formar la cantera había cavado en un ángulo de treinta grados. Para salvar la cara del acantilado por completo, hay que correr muy rápido y saltar lejos. No hay tiempo para dudar.

Imagino que corro como si la luna fuera la línea de meta. Corro para dejar atrás la ira, la vergüenza y los cotilleos. Casi siento el delicioso ardor en los músculos, el dulce y fuerte torrente en las venas, mientras vuelo por el acantilado hacia el vacío. Sin previo aviso, la chispa de la Bree de después se extiende desde mis entrañas como una enredadera en llamas, pero esta vez no la contengo. Se despliega dentro de mi caja torácica y la presión ardiente es tan poderosa que siento que voy a explotar.

Una parte de mí quiere explotar.

—Yo en tu lugar no lo haría.

Una voz irónica me llega desde atrás y me sobresalta; unos cuantos pájaros, escondidos en las copas de los árboles, graznan en el cielo.

No he oído a nadie acercarse por la maleza, pero un chico alto y de pelo oscuro está apoyado con gesto despreocupado en un árbol, como si llevase allí todo el tiempo. Tiene los brazos sobre el pecho y unas botas

negras de combate cruzadas por los tobillos. Porta una expresión de perezoso desdén, como si ni siquiera se molestase en demostrar la emoción completa.

—Siento interrumpir. Parecías a punto de saltar de un acantilado. Sola. A oscuras —dice.

Es tan guapo que resulta inquietante. Tiene una cara aristocrática y afilada, enmarcada por unos pómulos altos y pálidos. El resto de su cuerpo se mimetiza con las sombras. Lleva chaqueta y pantalones negros, y el pelo, como tinta negra, le cae por la frente y se le enrosca justo debajo de unas orejas perfectas, donde lleva unos pequeños tapones de goma negros. No tendrá más de dieciocho años, pero algo en sus rasgos no encaja con un adolescente. El corte de la mandíbula, la línea de la nariz. La calma.

El chico, que parece joven y viejo a la vez, me deja estudiarlo, aunque solo por un momento. Luego, sus iris leonados y desafiantes se clavan en mí. Cuando nuestras miradas se cruzan, me recorre una descarga de la cabeza a los talones que deja una estela de miedo a su paso.

Trago saliva y aparto la mirada.

—Podría hacer el salto.

Resopla.

—Saltar por el acantilado es una tontería.

—Nadie te ha preguntado. —Tengo una vena rebelde que sale a relucir ante personas obstinadas y, sin duda, este chico cumple los requisitos.

Doy un paso hacia la derecha. Rápido como un gato, se me acerca, pero me alejo antes de que me agarre. Levanta las cejas y la comisura de su boca se mueve un milímetro.

—Nunca te he visto por aquí. ¿Eres nueva?

—Me marchó. —Me vuelvo, pero el chico se coloca a mi lado en dos pasos.

—¿Sabes quién soy?

—No.

—Selwyn Kane.

Su mirada hace que unas chispas invisibles de electricidad me bailen en las mejillas.

Me sobresalto y levanto la mano entre los dos como un escudo.

Unos dedos demasiado calientes y fuertes se cierran al instante alrededor de mi muñeca. Un cosquilleo me sube hasta el codo.

—¿Por qué te has tapado la cara?

No tengo una respuesta que darle. Ni tampoco a mí misma. Trato de alejarme de él, pero su mano es firme como el hierro.

—¡Suéltame!

Los ojos de Selwyn se abren un poco y luego se entrecierran; no está acostumbrado a que le griten.

—¿Sientes algo? ¿Cuando te miro?

—¿Qué? —Tiro, pero me sujeta sin esfuerzo—. No.

—No mientas.

—No...

—¡Calla! —ordena. Una brillante indignación me arde en el pecho, pero se apaga al tiempo que sus peculiares ojos me analizan—. Qué raro. Creí que...

De repente, los gritos rompen la noche. Esta vez no pertenecen a los saltadores del acantilado. Ambos nos giramos en la misma dirección, hacia el claro donde se celebra la fiesta. Más gritos, y no son alegres ni achispados.

Oigo un profundo gruñido cerca de mi oreja. Doy un respingo al darme cuenta de que el sonido procede del chico exigente cuyos dedos siguen aferrados a mi muñeca. Al tiempo que mira hacia los árboles, curva la boca en una sonrisa de satisfacción y deja al descubierto dos caninos que casi le tocan el labio inferior.

—Te tengo.

—¿A quién? —pregunto.

Selwyn se sobresalta, como si se hubiera olvidado de mí por completo, y luego me suelta con un gruñido de frustración. Se aleja y se adentra a toda velocidad en el bosque, como una sombra silenciosa entre los árboles. Lo pierdo de vista antes de que me dé tiempo a responder.

Un grito estremecedor resuena desde la fiesta a mi izquierda. Las voces de los saltadores a mi derecha, que ahora también corren hacia el claro, se incrementan. Se me hiela la sangre.

«Alice».

\* \* \*

El corazón me palpita y corro hacia el sendero siguiendo a Selwyn. Sin embargo, cuando llego a los árboles, el suelo apenas se distingue en la oscuridad. A los tres pasos, tropiezo y caigo de bruces en unas zarzas. Las ramas me arañan las palmas y los brazos. Tomo aire y espero a que mis ojos se adapten. Entonces, me levanto. Oigo los gritos de los estudiantes. Luego, con la adrenalina disparada, avanzo unos ochocientos metros en la dirección correcta, a paso firme y ligero, mientras me pregunto cómo demonios se ha movido Selwyn tan rápido por el bosque sin ni siquiera una linterna.

Para cuando irrumpo en el claro a trompicones, la fiesta se ha convertido en un caos. Los estudiantes se empujan unos a otros para correr por el largo y estrecho camino hacia los coches en el aparcamiento de grava. Ocultos por los árboles, los motores rugen en una ola de ruido. Dos chavales se esfuerzan por levantar los barriles y meterlos en las camionetas mientras una pequeña multitud a su lado les echa una mano para «aligerar el peso» bebiendo directamente del grifo. Junto al fuego, un círculo de veinte personas vitorea con vasos en una mano y los móviles en la